



MI NUEVO TRABAJO

Esta mañana me he levantado pensando en mi nuevo trabajo. Empezaba en una obra por primera vez, y aunque estaba muy contento, también estaba muy nervioso, pues desconocía con qué me podía encontrar. Ahora ya lo sé, esto no es un juego. Os voy a contar la vivencia de mi primer día, por si os puede ser de ayuda.

Salí de casa con el mapa en la mano, y por fin lo encontré, era una obra a las afueras de mi ciudad. Me acerqué poco a poco y observé, desde fuera, ese lugar apartado de todo. Las dudas me invadían cada vez más.

Cuando llegué, pregunté por el jefe y se acercó un hombre grande de unos cincuenta y pico, muy moreno de piel y con un casco en la cabeza. Entramos en su despacho y me explicó todo el tema de seguridad que debía de seguir para poder trabajar allí, que si la Ley 31/95 de Prevención de Riesgos Laborales, que si el Real Decreto 1627/97 de Disposiciones mínimas de seguridad en las obras de construcción, bla bla y bla..., yo no me esperaba nada de esto, creía que sería entrar allí y empezar a trabajar sin todo ese rollo que me soltó ese hombre durante toda la mañana.



Luego me armó de un montón de material que les llamaban EPI's que después me enteré que son Equipos de Protección Individual y que sólo los puede utilizar una persona individualmente. Cada trabajador tiene que disponer de estos EPI's que son: guantes, gafas de protección, calzado de seguridad, arnés y el engorroso casco. Me dijo que para trabajar allí me tenía que poner todo eso. En un principio pensé que no sería necesario tanta historia para mi puesto de peón.



Me puse todos los EPI's tal como me dijo el jefe, pero sin ningunas ganas, ya que para mí molestaban más que otra cosa, y empecé a trabajar ayudando a un compañero que se llamaba Juan. Él llevaba allí cinco meses y sabía muy bien cuál era su trabajo. Juan me contó que al poco de entrar a trabajar en la obra, un compañero suyo, Roberto, estaba subido en un andamio a la altura de unos 5 metros y se precipitó al vacío porque no llevaba el arnés de seguridad atado a la línea de vida. Éste creyó que no le hacía falta ponérselo, pues pensaba que con su consolidada experiencia le prevenía de tener accidentes de ese tipo. Roberto sufrió traumatismo de tórax al golpearse contra un hierro del andamio. Se rompió varias costillas y estuvo un buen rato sin poder respirar. David, otro compañero que estaba cerca de él y que había hecho un curso de Primeros Auxilios, le pudo hacer el boca a boca hasta que llegó la ambulancia, por suerte salvó su vida. Todavía se encuentra de baja ya que no está recuperado del todo.

Mientras Juan me contaba el accidente de Roberto, oí gritos desde el cuarto piso, y antes de mirar a ver qué pasaba noté un golpe muy fuerte en mi casco, me quedé blanco, no sabía qué había pasado, retumbó todo dentro de mí. Una maza me había caído desde esa altura. Me aparté poco a poco de ese lugar... me senté, y muy despacio me desató el caso, me lo quité lentamente y observé cómo había quedado rajado del impacto. No me lo podía creer. De no haberlo llevado, no lo hubiera contado. Juan me preguntaba si estaba bien, le dije que sí pero que un poco mareado, me trajo agua, bebí, y ya empecé a encontrarme algo mejor. Inmediatamente me remplazaron el casco por otro nuevo y me dijeron que estas cosas podían suceder, y de hecho me sucedió a mí.

Cada vez sentía más escalofrío de trabajar en un lugar tan peligroso, y empecé a ser consciente de la necesidad y obligación de utilizar los famosos EPI's. ¡Uno me había salvado la vida! Por muy molestos que sean, al principio, estoy seguro que me acostumbraré a llevarlos.

Ahora vuelvo a casa pensando en este día. Ha sido duro, estoy cansado, pero he aprendido que debemos de cumplir con todas las normas de seguridad que nos enseñan en los nuevos trabajos. Aunque nosotros creamos que no hace falta ser tan estrictos en este tema, hoy he aprendido la lección, he visto que los accidentes pasan por diferentes variables, en ocasiones ajenas a nuestra voluntad, pero en nuestras manos está que éstos puedan minimizarse con nuestras conductas seguras y responsables.

Al principio no os quería, ahora no podría pasar sin vosotros. ¡Gracias EPI's por salvarme la vida!



POR UNA MALA HIGIENE...

Llegó el momento, no me lo puedo creer. Tanto sacrificio para nada. Hoy cierran mi negocio, un restaurante de alto prestigio, después de casi diez años dando el mejor servicio.

Le contraté un 12 de mayo, confié en él, Ricardo Belmonte, un cocinero muy bien visto por todo el sector de la hostelería. Necesitábamos personal extra. Iban a venir unas 250 personas a comer ese día, ya que había una



convención, no me acuerdo de qué, muy cerca del restaurante y no íbamos a dar abasto con los que éramos trabajando normalmente. Paula, Rosa y María se encargaban de servir las mesas, mientras que Ricardo Belmonte y Antonio López, nuestro cocinero habitual, no paraban de hacer los platos que nos pedían. Yo supervisaba que todo estuviera bien. Creía que todo había salido perfecto. No me podía imaginar lo que sucedería después.

Pasaron casi tres semanas desde aquel día, y empezaron a llegarme quejas y denuncias de personas contagiadas por el virus de la Hepatitis A. No había ni un caso ni dos, eran varios los que se habían contagiado con ese virus. Al poco tiempo, me enteré que el Sr. Belmonte había estado enfermo de Hepatitis A, pero él creía que ya estaba curado. Durante el día que estuvo trabajando para nosotros en el restaurante, recuerdo que fue varias veces al lavabo, pero no me podía imaginar que no se lavaba las manos antes de manipular los alimentos.



Lo que en un principio parecía haber sido un día perfecto, para la mayoría, se convirtió en una pesadilla al cabo de los días. Nadie se podía imaginar que sucedería algo así por una mala praxis de un cocinero.

Al cabo de unos días, las personas infectadas, que fueron principalmente niños, empezaron a tener los mismos síntomas: color amarillo de la piel, orinas oscuras, deposiciones pálidas, dolor de vientre en la zona del hígado y fiebre bastante alta. Todo esto se podía haber evitado si el Sr. Belmonte hubiera tenido la costumbre de lavarse las manos cada vez que iba al baño, y por supuesto antes de ponerse a cocinar.

No sé si volveré a abrir otro restaurante en otro lugar, pero si lo hago, concienciaré al personal que esté a mi cargo, en que se tendrán que lavar las manos muy a menudo, y sobre todo cuando salgan del baño, para que no vuelva a suceder algo así, y haré hincapié en que una buena higiene de manos es fundamental para evitar el contagio de cualquier tipo de enfermedad, como catarros, gripe común, gripe A, gastroenteritis, hepatitis A, infecciones oculares como los orzuelos y la conjuntivitis..., asimismo les avisaré que si estornudan tapándose la boca con las manos o se suenan, inmediatamente las manos quedan contaminadas, por lo que el lavado de manos es la protección más importante contra el contagio de enfermedades infecciosas de este tipo.

Espero no tener que pasar NUNCA más por esto.

"Lavarse las manos puede prevenir el contagio de cualquier tipo de enfermedad. Para una buena higiene, se recomienda frotarse enérgicamente las manos con agua jabonosa tibia durante por lo menos 15 segundos".



YA NO LA VOLVERÉ A VER...

Cada día la observaba cuando salía de su casa camino a su oficina. Cada mañana, a la misma hora, pasaba por mi lado, y su perfume se quedaba durante un rato a mi alrededor. Siempre impecable y sus zapatitos de tacón sin perder el ritmo, allí iba ella con esa mirada dulce y su sonrisa dibujada en la cara.

Ahora ya hace días que no la veo, investigo a ver qué le ha podido

pasar. Me dicen que ya no está, que la velocidad se la llevó por delante. ¿Cómo puede ser si parecía una persona muy responsable y segura de sí misma?

Los que la vieron en el suelo comentan que ella no pudo hacer nada. Aquella moto se le echó encima, con la mala suerte que ella pasaba por allí, sin poder reaccionar, sin poder hacer nada por salvar su vida. Iba demasiado deprisa, el motorista no respetó las señales de tráfico porque llegaba tarde a su trabajo. Ni siquiera había pasado la revisión, los frenos le fallaron y las ruedas casi lisas, se deslizaron por la calzada llevándosela por delante.

Nunca más la volveré a ver, nunca más pasará por mi lado, nunca más dejará su perfume a mi alrededor, nunca más oiré la música de sus tacones. La añoraré todos los días de mi vida, y me pregunto por qué le ha tenido que suceder a ella, o simplemente... por qué ha tenido que suceder.





Yo siempre he sido un loco al volante porque me gusta la velocidad. Ahora ya sé que la velocidad no es buena. Ahora lo tengo claro, ya sé lo que tengo que hacer. Cada vez que aprieto el acelerador, me la imagino delante cruzando la calle y levanto el pie porque pienso que podría haber sido yo quien la hubiera atropellado. La vida es injusta, las prisas, la irresponsabilidad de unos acaban con las vidas de otros. Ese accidente se podía haber evitado, ese accidente nunca tenía que haber ocurrido, ese señor no fue responsable con sus actos y yo me he visto reflejado en él. Ahora me he dado cuenta de mis actos. ¿Es necesario que pasen estas cosas para poner remedio? A partir de ahora no me saltaré ninguna revisión de mi vehículo, revisaré la presión y el dibujo de los neumáticos, y sobre todo respetaré las señales de tráfico.

Siempre pensamos que las cosas malas les pasan a los demás, pero eso no es cierto, también nos pueden suceder a nosotros. Siempre o casi siempre podemos evitar esta clase de accidentes, si somos conscientes del peligro que existe una vez nos montamos en nuestro vehículo. Tenemos que concienciarnos y pensar que llevamos en nuestras manos una máquina muy peligrosa que puede acabar con nuestra vida y la de las demás personas.

A ella ya no la volveré a ver nunca más, pero quizás quién sabe, a lo mejor me ha salvado la vida.